

La vida académica en los Colegios Mayores

UNA EXPERIENCIA

Una de las cuestiones más importantes que están planteadas en los Colegios Mayores es la del contenido que haya de poseer la vida académica a desarrollar en cumplimiento de las tareas formativas que la legislación fundacional encomienda a estas instituciones. Otras parcelas—formación religiosa, prácticas deportivas, educación social, por ejemplo—han logrado un más acabado cultivo a lo largo de estos años, sin que esto quiera decir que no haya que revisar los supuestos de su planteamiento.

Quizá el fruto más logrado sea el clima de amistad surgido de la convivencia colegial. Es preciso destacar esto, pues se trata de uno de los valores más preciosos y que sólo es posible alcanzar con el transcurso de los años y tras recorrer imprescindibles etapas. La amistad, por ser algo radical, no puede improvisarse ni mucho menos imponerse. Por olvidarlo se ha fracasado en más de un intento de conformar una buena convivencia colectiva. La amistad—y esto lo saben cuantos tienen experiencia de vida en común—surge cuando almas jóvenes, que se manifiestan con libertad y responsabilidad, contrastan ideas y resonancias y empiezan a realizar juntas la gran prueba de la entrada en la vida personal, no como algo dado y acabado, sino como empresa esencialmente propia e intransferible.

Más precisamente porque se ha avanzado tanto en este orden convencional se hace más urgente y necesario definir en qué debe consistir la actividad cultural del Colegio Mayor. Si revisamos las Memorias e informaciones de estos Centros, observaremos la notable diversidad que existe entre los modos de llevar a cabo estas tareas formativas. Mientras en unos se da preferencia a la labor de seminarios y círculos de estudios, en otros se inclinan por conferencias más o menos numerosas, ya aisladas, ya en cursos ordenados en torno a un tema central. Cuando es posible seguir la actuación de un Colegio Mayor a lo largo de varios años, es fácil que nos encontremos con cambios de orientación y de criterio, claro indicio del deseo de hallar la fórmula más adecuada.

Sin duda alguna puede afirmarse la pérdida de eficacia y sentido del género *conferencia*, sobre todo entre el público universitario, al que debe exigírsele una actitud activa, de colaboración y seguimiento a la enseñanza que recibe. Su disposición anímica es muy otra cuando se le pide que intervenga—así en los coloquios y en las sesiones de estudio—que cuando se le reduce a la pasividad de escuchar una exposición, muchas veces menos sugestiva que la que puede encontrar en sus textos habituales.

Además de con el modo de expresión, importa acertar con los temas tratados. Por una parte, no deben ser los que corresponden a las enseñanzas impartidas en las respectivas Facultades y escuelas, y, por otra, es conveniente que posean un interés muy amplio compatible con una vinculación más directa a un grupo concreto de estudiantes, especialmente afecto a la cuestión analizada. La elección debe estar orientada por el deseo de atender—he escrito en otra parte—los “aspectos más humanistas de la cultura, procurando que estas actividades del Colegio vayan dirigidas, sobre todo, a ampliar las perspectivas de sus colegiales sobre los grandes temas religiosos, intelectuales o políticos que atañen o interesan a los hombres todos, no en la calidad de médicos, abogados o ingenieros, sino en la de miembros de la sociedad humana” (*).

Por todas estas razones, no me parece inútil contar la experiencia realizada durante el presente curso en el Colegio Mayor “Jiménez de Cisneros”, de la Universidad de Madrid, por cuanto la información facilitada pueda ser contrastada con otras realidades. Mientras en años anteriores las conferencias habían tenido temas independientes entre sí—salvo el excelente curso de nueve lecciones “En torno a la espera y la esperanza”, dado por el doctor Laín Entralgo, y el sugerido ciclo de cuatro charlas del poeta Luis Rosales acerca de “La libertad en Cervantes”—, en el presente se organizaron cinco cursos monográficos, cuyos encargados y títulos fueron anunciados a la vez y con la debida antelación. (Se excluyen a este respecto las conferencias que sobre diversos aspectos de la vida y la cultura norteamericanas se pronunciaron con ocasión de una Exposición de pintura de los Estados Unidos.)

Se estimó que el período más idóneo para el desarrollo de estos cursos era el segundo trimestre—enero a marzo—, por cuanto el tercero se descarga de toda actividad colectiva para dejar tiempo al estudio y preparación de exámenes. El primer trimestre se dedica al conocimiento y relación entre los antiguos residentes y los recién llegados y el acoplamiento de éstos a las normas y estilo colegiales. El en apariencia tiempo perdido no lo es tal, dada la importancia de una adecuada convivencia como supuesto y plataforma de todas las tareas culturales. Los cinco temas monográficos fueron los siguientes: “*Relaciones entre la investigación científica y los avances técnicos, con especial referencia a la energía atómica y al automatismo*”

Los cinco temas monográficos fueron los siguientes: “*Relaciones entre la investigación científica y los avances técnicos, con especial referencia a la energía ató-*

(*) Memoria del curso 1950-51 del Colegio Mayor “Nuestra Señora de Guadalupe”. Madrid, pág. 9.

mica y al automatismo (cuatro lecciones), por el profesor Carlos Sánchez del Río y Sierra; *Movimientos estéticos del siglo XX* (cuatro lecciones), por el escritor José María Souvirón; *Determinación y desarrollo de la renta nacional* (tres lecciones), por el profesor Enrique Fuentes Quintana; *El descubrimiento del hombre en Grecia; épocas arcaicas, clásica y helenística* (cuatro lecciones), por el profesor José S. Lasso de la Vega, y, por último, *Introducción a la Medicina actual*, por el doctor Rof Carballo.

La asistencia a esta clase de actos venía siendo de carácter voluntario, lo que, en ocasiones, podía traer consigo una deserción casi total y, por ello, obligar a un "reclutamiento" enojoso de auditorio. Un auditorio que *a priori* estimaba que aquella conferencia no sólo no le interesaba, sino que le hacía perder su tiempo. También podía ocurrir—y esto de manera más frecuente—que el grupo asistente estuviese integrado casi siempre por los mismos colegiales: aquellos que poseen un mayor sentido de responsabilidad o de ejemplaridad, pero que acudían no tanto interesados en acrecer su saber intelectual como deseosos de cubrir huecos en el auditorio.

Con el ánimo de evitar estos riesgos, se estableció la obligación de cada colegial de inscribirse y asistir a un curso que él eligiese libremente. Los 165 colegiales mostraron sus preferencias de la siguiente manera: 61, al primero de los cursos antes enunciados; 29, al segundo; 23, al tercero; 21, al cuarto, y 31, al quinto.

La pretensión de la dirección del Colegio, hecha pública en una reunión general, estaba encaminada a que la elección recayese en materias distintas de las que constituyen los estudios propios. Esto no se consiguió más que en pequeña medida. (Así, por ejemplo, la mayor matrícula correspondiente al curso de Ciencia y técnica se debe al alto porcentaje de residentes que pertenecen a Escuelas Especiales; de los 61 inscritos en el curso, sólo 17 pertenecen a carreras universitarias. En cuanto al de Medicina—especialmente dedicado a la psicología—, tuvo como alumnos 25 estudiantes de Medicina—dos de ellos graduados—y sólo seis de otras Facultades.)

Además de los inscritos, podían asistir a las lecciones cuantos colegiales lo desearan. El ciclo que más oyentes atrajo—en proporción a los matriculados—fué el de las corrientes estéticas, motivado por la sugestiva manera de ser tratado un tema que por su amplitud interesaba a muy diversos sectores. La marca de máxima concurrencia—un centenar largo—fué establecida

por la conferencia sobre energía atómica, buena prueba de la actualidad e importancia, no estrictamente de orden científico, del problema.

¿Otros datos o conclusiones acerca de esta experiencia? Esta, y no demasiado consoladora: el escaso número de los oyentes que tomaban notas, limitándose a escuchar los más. Concluida la lección, algunos se acercaban al profesor para pedir aclaraciones sobre puntos tratados en la exposición: en especial se produjeron estas demandas en el curso de Ciencia y Técnica, de Economía y de Medicina psicología, lo que indica claramente la preferencia por las cuestiones de orden práctico inmediato. Es de justicia también señalar que la atención suscitada por los diferentes temas se reflejó en buen número de comentarios y conversaciones.

La experiencia de este curso—alguno de cuyos resultados quedan comentados—aconseja que en el próximo se introduzcan reformas que, fundamentalmente, vayan encaminadas a conseguir una mayor colaboración y trabajo personal por parte de los colegiales. Más importante y necesario que interesar a un universitario en un tema es adiestrarle en una técnica de trabajo intelectual o de investigación que no ha de practicar suficientemente en las aulas. Además, la participación del alumno en el tratamiento y desarrollo de la cuestión analizada es, quizá, la mejor manera de interesarle vivamente en su estudio, aparte de que, en ocasiones, su aportación contribuirá a ensanchar el ámbito propio del tema con nuevas sugerencias y perspectivas. Todo magisterio debe ir encaminado a hacer verdad aquella expresión de Charles Péguy: "Buen alumno es aquel que en la lección del maestro introduce una nueva palabra, una resonancia nueva."

* * *

Quizá esta crónica tenga una extensión excesiva para la modesta finalidad que la animaba. Creo, sin embargo, que no será baldía si contribuye a que otros directores de Colegios Mayores cuenten sus experiencias respectivas en este importante orden de la vida universitaria. Con frecuencia oímos decir, y decimos, que es mucho aún el camino que queda por recorrer hasta lograr una versión aceptable de los Colegios Mayores. Porque, en efecto, así es, debemos todos cooperar, con ideas y con experiencias, a la tarea de su definitiva configuración.

ANTONIO LAGO CARBALLO

Madrid, abril de 1955.

La nueva política educacional chilena

En todos los países hispanoamericanos va tomando cuerpo ostensible un movimiento de renovación educacional. Las nuevas técnicas pedagógicas y la incorporación de grandes masas de la población americana a la vida de sus respectivas naciones han planteado numerosos problemas de orden organizativo y eco-

nómico en relación con la educación nacional. Las grandes campañas contra el analfabetismo, del que es ejemplo singular la entablada en Méjico desde hace años, es el primer paso para llevar adelante esta empresa renovadora. Por todas partes faltan escuelas y maestros, y la incorporación del niño a sus deberes